

había hecho volver a África, como dijimos en su lugar, algunas bandas de berberiscos; pero la mayoría se había quedado en España sufriendo toda clase de contrariedades y hasta gran hambre. No podían pues estar los berberiscos mejor dispuestos para escuchar la predicación de un hombre que se presentó en el año 150 (767) como descendiente de Alí y de Fátima, la hija del profeta; era un maestro de escuela llamado Schakya ó Sofyan, medio loco ó bellaco, natural de la España occidental, una especie de Mahdi. Los berberiscos, que en la mitad septentrional de la España mahometana formaban la gran mayoría de la población, acudieron á él de todas partes; con ellos se apoderó el santon de Mérida y de otras poblaciones y hasta el año 155 (772) llevó en todas las acciones la ventaja sobre las tropas de Abderraman, hasta que éste logró introducir la discordia entre los berberiscos, y rechazar al santon y á sus partidarios hácia el Norte. Entonces se levantaron á sus espaldas los yemenitas en union con los berberiscos sus vecinos en el Oeste; pero también supo el astuto emir introducir la discordia entre ellos utilizando hábilmente las antipatías nacionales, y al fin los sublevados quedaron completamente vencidos en la batalla sangrienta que les libró Abd-el-Melik-ben-Omar á orillas del Bembezar, afluente del Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla en el año 156 (775). Mientras continuaba la guerra contra Schakya, un jefe de yemenitas llamado Suleiman-el-A'arabi, gobernador de Barcelona, en union de algunos parientes del fihrita Yusuf intentó una empresa peligrosísima.

En España, como en todo el Occidente y hasta en Oriente, resonaba entonces la fama del joven soberano germánico, el rey de los francos, Carlomagno, que justamente, en 773, acababa de destruir el reino longobardo en Italia. El emir Abderraman, ocupado en las guerras interiores, no había podido impedir la toma de Narbona por Pipino en el año 142 (759), y desde entonces no habían cesado los conflictos entre francos y árabes, tanto al Norte como al Sur de los Pirineos, siendo de temer que arregladas las cosas en Italia en 776, Cárlos emprendiera una campaña contra los mahometanos. Suleiman-el-A'arabi y los dos jefes fihritas, parientes del destronado y difunto Yusuf, se dejaron llevar del odio que profesaban á Abderraman, el enemigo mortal de su tribu, hasta el extremo de ser traidores á su religion y á su patria, y buscaron contra su emir la alianza del rey de los francos, esto es, de los cristianos tan despreciados por los musulmanes creyentes. En Paderborn, en Westfalia, donde á la sazón Carlomagno, despues de haber sometido á los sajones, había reunido á sus hombres de armas en la asamblea tradicional del mes de mayo del año 777 (160), se pusieron los tres jefes moros de acuerdo con el rey franco, conviniendo en que Cárlos entraría en España al año siguiente, 778 (161), y desde Barcelona ó Zaragoza El-A'arabi le daría auxilio, y simultáneamente se levantarían en armas los fihritas en el Mediodía, ayudados por los berberiscos de África que con este objeto pasarían á España. De esta manera Abderraman, que entretanto había vencido con sus tropas asalariadas y propias al partido del santon Schakya, asesinado poco antes, se encontraría entre dos enemigos, á lo cual se agregaban en el Norte el poder y el talento militares irresistibles de Carlomagno. La situación de Abderraman no podía ser mas comprometida; pero esta vez, como otras, el emir omniada tuvo de su parte la fortuna. La sublevación fihrita en el Mediodía se hizo antes de que pudiera ser auxiliada desde la parte del Ebro y antes de que Cárlos hubiese atravesado con su hueste los Pirineos; los fihritas, chasqueados, volvieron á su antiguo odio contra los yemenitas y marcharon al Norte para tomar venganza; pero fueron rechazados

por los que poco antes habían sido sus aliados y la explosión no produjo el efecto que se había calculado. Poco despues acabó con el jefe de la sublevación el puñal de un asesino enviado por el emir. Cuando Cárlos penetró despues en España y se dirigió á Zaragoza, la población de esta ciudad siempre heroica no quiso obedecer las órdenes de El-A'arabi, que se hallaba en ella, y cerró sus puertas al extranjero. Cárlos la puso sitio, pero apenas había dispuesto lo necesario cuando recibió la noticia de que los sajones habían vuelto á levantarse en armas, acaudillados por Witikindo. Esto le obligó á emprender á toda prisa su regreso y dirigirse con su ejército á Alemania. Entonces fué cuando los vascos atacaron y destruyeron en Roncesvalles la retaguardia de los francos, mandada por Rolando ó Roldan, gobernador de la Bretaña, en el año 778 (161). Esta derrota, y mas las guerras contra los sajones, bávaros, avaros, daneses y eslavos impidieron á Carlomagno volver en persona á España ni mezclarse en adelante, como tampoco se mezclaron sus sucesores, en las cosas de la península ibérica. Pero si Abderraman nada tuvo que temer en adelante por aquel lado, no por eso descansó, porque las rebeliones y sublevaciones de jefes de tribu y de gobernadores de provincias se repitieron, aunque con menos violencia, hasta su muerte, ocurrida en 172 (788).

Abderraman había vencido y humillado á la aristocracia árabe, pero no la había muerto, de lo cual hubo de convenirse mas de un descendiente suyo. Despues de su muerte, costó todavía grandes esfuerzos consolidar el trono de los omniadas y conseguir que el que lo ocupaba fuese obedecido en todo el país, hasta en los puntos extremos. Parece, no obstante, un cuento fantástico la vida de Abderraman, que extranjero, aventurero y pobre, logró hacerse soberano de la población vigorosa y guerrera de un gran país y mantenerse en esta posición impávido é inquebrantable durante decenios, en medio de incesantes ataques de sus adversarios recalcitrantes, como peñasco en medio de las olas enfurecidas del mar. Verdad es que la consolidación de la nueva dinastía se logró sacrificando á cuantas personas estorbaban, sin mirar si eran amigos y servidores fieles ó enemigos; Abderraman pagó con negra ingratitud y traición á los que le habían preparado el trono y sentado en él; los rios de sangre que costó, las traiciones, felonías y otros actos abominables é infames crearon al rededor del monarca una atmósfera letal, que ahuyentó hasta á sus servidores y amigos mas leales, y algunos no pudieron menos de manifestar su repugnancia y atraerse con esto la aversión del terrible emir, como sucedió al fidelísimo y encanecido Obeidallah, á Ibn Khalid y otros. La soberbia que se había apoderado de Bedr, recompensado con munificencia, pero al cual Abderraman lo debió todo, podía justificar el destierro de este servidor fiel y activo á la frontera del imperio franco; pero de ningun modo el abandono en que le dejó perecer, falto de lo mas indispensable para la vida. Todo esto, al cabo, enajenó al monarca brutal y siniestro la simpatía del pueblo bajo, por el cual había hecho mucho, especialmente en la capital, procurándole trabajo é inspirándole respeto con su gobierno y la construcción de obras de utilidad pública y de lujo, como la de un vasto palacio, de la célebre mezquita y otras obras. Pasó los últimos años de su vida agitada y llena de vicisitudes solo, en el vacío que había formado á su rededor, bien que había logrado su propósito de ser amo absoluto.

Cuenta un cronista que Mansur, el califa abasida, preguntó un día á sus cortesanos quién era el azor (1) (*sakr*) de

(1) En el sentido de «el águila», el mas prominente, mas grande y mas emprendedor de los soberanos de la familia Koreisch.

los koreischitas. Los cortesanos naturalmente tuvieron buen cuidado de decir que era su soberano, pero esta vez no aceptó Mansur este incienso, si bien lo habrían pasado mal quizá aquellos si no hubiesen nombrado primero á su amo, y les contestó con una mueca de desprecio: «¡Quiá!» Entonces dijeron los cortesanos: «¿Moawiya quizás?» «Tampoco.» «¿Abd-el-Melik-ben-Merwan?» «Tampoco.» Los cortesanos hubieron de manifestar que ya no sabían á quién citar y el califa les dijo: «El azor de los koreisch es Abderraman, el hijo de Moawiya, que con su astucia se libró de las lanzas y espadas afiladas (1), y atravesando desiertos y mares entró en un país extranjero enteramente solo, y construyó allí fortalezas, creó ejércitos y una administración, en una palabra, un gobierno del cual ni había vestigios, y todo esto con la energía y la constancia. Moawiya debió su fortuna á un corcel en el cual le sentaron Omar y Othman despues de haberle enseñado, y Abd-el-Melik fué reconocido (2), y este reconocimiento fué duradero, y yo he subido gracias al celo de mis parientes y á la union de mi partido; pero Abderraman estaba solo sin otro auxilio que su genio, ni mas compañeros que su resolución.» A esto podemos añadir que no trabajó solamente para sí, sino para el Islam, porque si el Islam se arraigó sólidamente en España, si para bien de todo el país se fundieron en un solo pueblo árabes y españoles europeos, cuyas obras excitaron la admiración de los coetáneos y de la posteridad, pertenece la gloria al sagaz, atrevido y maligno «azor de los koreisch.»

CAPITULO II

LOS ÁRABES Y LOS ESPAÑOLES

Al cabo de treinta años de guerra entre la aristocracia y la monarquía, esta había quedado vencedora. Lo que faltaba ver era si la victoria sería permanente. Para serlo habría sido necesario que los descendientes de Abderraman hubiesen heredado de éste siquiera una parte de su energía, la suficiente para impedir que el elemento aristocrático debilitado se volviera á robustecer. Esto no sucedió siempre, y además se agregaron á la falta de la energía necesaria y á las dificultades antiguas otras nuevas que resultaron de las complicaciones cada vez mayores que se manifestaron en las relaciones de los señores árabes y de sus súbditos, y entre el Islam occidental y el cristianismo. Estas grandes dificultades fueron acrecentadas por diferentes circunstancias secundarias, como las originadas por algunas luchas de sucesión inevitables en las dinastías orientales, otras por las poblaciones urbanas que empezaron á tener conciencia de su importancia y poder, y por mala inteligencia entre el gobierno y el clero mahometano que gradualmente adquirió el carácter de una corporación influyente. Entre tanto se iban hermanando las diferentes clases de la sociedad por efecto del continuo contacto en las diferentes poblaciones y gradualmente se iba formando una nueva sociedad hispano-árabe unificada, sin que por esto faltasen de cuando en cuando choques mas ó menos peligrosos hijos de los contrastes nacionales y religiosos. Los emires de Córdoba fueron cada vez mas impotentes para dominar todos estos movimientos encontrados; el efecto del trabajo político de Abderraman se debilitó con el trascurso del tiempo y la aristocracia levantó otra vez la cabeza; pero ya no fué posible destronar ni echar de España á los omniadas sostenidos por el ejér-

(1) Cuando los abasidas perseguían en todas partes á los omniadas y los hicieron matar.

(2) En vida y por orden de su padre Merwan.

cito asalariado y propio, creado sólidamente por Abderraman y aumentado mucho en los últimos años de su reinado con berberiscos y esclavos comprados. Los jefes, sobre todo en las provincias mas distantes de la capital, empezaron á hacerse independientes del monarca, y paso á paso lo consiguieron uno tras otro, mientras la resistencia del elemento cristiano se fué marcando mas y mas en las fronteras como en el interior. Al mismo tiempo el elemento de los renegados, ofendido de mil maneras en su sentimiento nacional, se agitó igualmente hasta que al fin estalló en una sublevación que amenazó acabar con el dominio de los árabes en una gran parte de la península, particularmente en el Mediodía. La guerra contra los renegados debilitó el poder de los emires de Córdoba, tanto como la insolencia de los magnates; pero la imposibilidad de una union de los árabes con los españoles contra la dinastía reinante, y la guerra inevitable que se hacían unos y otros, contribuyeron á que se sostuvieran los monarcas navegando hábilmente entre los dos elementos opuestos hasta que apareció en la escena otro Abderraman poderoso que de victoria en victoria sometió á los contrarios, debilitados por largas luchas, y á la sombra de su gobierno enérgico pero benévolo, creó un pueblo nuevo y unificado, compuesto de los diferentes elementos que tenía bajo su cetro.

Pasaremos por alto en nuestra narración las contiendas que originó la subida al trono de los dos primeros sucesores de Abderraman, por no ofrecer sus peripecias ningun suceso de importancia, bien que siempre perjudicaban al país. Despues de algunas vicisitudes fué reconocido emir Hixam I, hijo de Abderraman, que antes de morir le había nombrado sucesor suyo. Reinó Hixam cerca de ocho años, desde 172 (788) hasta 180 (796), sin tener que luchar con turbulencias interiores, salvo algun caso muy pasajero. Sin carecer de energía, era humano, sencillo y reposado, de suerte que su reinado formó un benéfico contraste con el de su terrible padre, y permitió á la aristocracia vivir en paz y armonía con él, y al gobierno emplear sus fuerzas contra los enemigos exteriores, contra los cristianos del Norte de España, por primera vez desde mas de cuarenta años. Ya era tiempo, porque desde el año 136 (753-754) Alfonso I había hecho retroceder á los mahometanos desde la frontera de Asturias hasta mas allá de la sierra de Guadarrama, y á haber podido repoblar en corto plazo con cristianos los territorios reconquistados, habría cuando menos amenazado seriamente la línea del Tajo. En el Nordeste dieron mucho qué hacer los vascos desde que habían recuperado á Pamplona; y por otra parte, la invasión de Carlomagno había demostrado la posibilidad de nuevas complicaciones peligrosas por aquel lado. Hixam, sin embargo de no ser monarca enérgico, era mahometano celoso y devoto y consideraba como supremo deber la guerra santa contra los infieles. Así, tan pronto como se vió establecido sólidamente en el trono, envió tropas contra las Asturias y Galicia por un lado, y por otro contra los francos. Andaban divididos los cristianos desde la muerte del rey Silo en el año 783 (166-167), con motivo de las disputas de pretendientes al trono y por disensiones entre los grandes; y en estas circunstancias, las huestes mahometanas pudieron devastar á sus anchas el Norte de la península. Con la subida al trono de Alfonso II, el Casto, que reinó desde 791 (175) hasta 842 (227), volvió á hacerse mas eficaz la defensa del territorio cristiano. Abd-el-Melik-ben Abd-el-Walid, general de Hixam, pudo destruir todavía en el año 178 (794) la capital de Asturias (3), pero en su retirada sufrió una derrota muy sensible, causada por los asturianos que le

(3) Probablemente Oviedo.